

LA IGLESIA DEL SILENCIO

El pasado 11 de enero, al concluir su Asamblea, la Conferencia de los Obispos de Venezuela, desde su específica misión de guía espiritual y moral de la conciencia y conducta social católica, emitió un importante documento sobre el desempleo (ver el texto íntegro en esta misma edición de SIC). Su mensaje no es alarmista, ni negativo, aunque, naturalmente, se refiere a una de las situaciones más dolorosas que afecta directa o indirectamente a millones de venezolanos. Crudo en señalar la enfermedad y sus causas, pero optimista en su convicción de que hay recursos materiales y humanos para revertir esa tendencia fatal de nuestro sistema económico que lleva a la miseria de muchos y a la abundancia inhumana de unos pocos. Nuestros medios de comunicación, han hecho de ese mensaje un documento clandestino... No lo han querido publicar, excepto "La Religión" y "Últimas Noticias", en Caracas.

¿Por qué los empresarios de los diversos medios de comunicación, o el gobierno, o ambos de común acuerdo, han decidido silenciar ese mensaje sobre el desempleo? ¿Por qué le han dado el mismo tratamiento que le dio Laureano Vallenilla y la dictadura perzjimenista a la hoy tan alabada pastoral de Mons. Arias el Primero de Mayo de 1957 sobre la situación del trabajador venezolano? ¿Será que horrorizados al ver la deformación monstruosa de la sociedad que han formado, se han querido librar rompiendo el espejo que la refleja?

A cualquier desprevenido puede llamar la atención que los fervores católicos de ciertos medios (el Grupo Cisneros, para poner un solo ejemplo), que pantallearon para capitalizar la figura del Papa hace un año, hayan sido de tan corto aliento que aprisionan las enseñanzas del Santo Padre.

Algo anda mal, pero que muy mal, en los que controlan el poder en Venezuela, cuando les quieren así acallar a los Obispos en un documento tan serio y ponderado sobre el asunto que (según las encuestas) más preocupa a los venezolanos. Esto lo intuye el

país y quiere que los Obispos mantengan su libertad de palabra. Quizá más que nunca en el pasado, el pueblo venezolano comprende que necesita una palabra moralizadora y que los pastores de la Iglesia católica desean sinceramente ofrecer —desde su específica misión religiosa— una luz para emprender una profunda transformación. Lo dicen las encuestas: el pueblo, los jóvenes, aprecian y, esperan esa voz clara y aplicada a nuestra realidad social, con la libertad y veracidad de los testigos de Cristo. Palabra que debe iluminar todas las dimensiones de la vida y con fuerza especial, los problemas sociales que imponen una vida inhumana a las mayorías de un país que sigue siendo rico. Pero los poderosos parece que no están de acuerdo ni con el Pueblo ni con la Iglesia. Todavía está fresca en nuestra memoria la propuesta que algunos grupos económicos hicieron a algunos Obispos en 1973, ofreciéndoles todos los medios de comunicación y una edición de 100.000 ejemplares de una pastoral sobre las elecciones que les pareció utilizable para frenar cambios... Pero cuando no les favorece, meten presa la palabra de los Obispos. ¡Y eso que hay libertad de prensa!

CIFRAS PARA PENSAR

"El 82 por ciento no puede comprar la cesta familiar". Este es el gran titular de la primera página del cuerpo C de "El Nacional" del 28 del pasado mes de enero.

La fuente de tan terrible información es un reciente estudio de FUNDACOMUN, organismo público creado para el servicio de las comunidades más necesitadas y para atender los enormes cinturones de miseria a los que se condena a gran parte de la población.

Ante realidades tan escalofriantes uno tiende siempre a escudarse con aquello de "falta mucho por hacer, pero estamos trabajando". Es decir, es alto el porcentaje, pero va disminuyendo. A los 28 años de la caída de la dictadura y 25 de nuestra hermosa Constitución, nosotros, los demócratas, quisieramos convencernos a nosotros mismos de que esas cifras son res-

tos de la triste herencia de la dictadura. Los que son más entusiastas defensores del capitalismo tratan de autoengañarse diciendo que la pobreza de Venezuela se debe al atraso ancestral del país y a sus residuos precapitalistas.

Pero en esta ocasión cualquiera de estas escapatorias tranquilizantes no funciona, porque simplemente es falsa... A medida que avanza el capitalismo aumenta la diferencia entre pobres y ricos y crece la miseria de las mayorías. Así lo informa el mismo estudio mencionado. Según él, en 1980 eran 63 de cada cien familias las que no podían comprar lo necesario para vivir; en 1981 subió el porcentaje a 66'8; en 1982 a 69.2; en 1983 a 75'6; y en 1984 a 82,1. Las medidas económicas con que amanecemos en 1986, apuntan hacia un empeoramiento.

Sin embargo, sabemos que las ganancias del capital han subido y que los ricos han sacado y colocado en el exterior 40.000 millones de dólares. Lo que al cambio libre actual supondría unos 700.000 millones de bolívares que, invertidos para crear trabajo y riqueza en Venezuela, son mucho más de lo que se requiere en una política económica seria.

Entre éstas y similares cifras nadie se puede encoger de hombros. Cada venezolano debe reflexionar e impulsar una profunda renovación moral y cambios que van más allá de una pintura superficial.

VAMOS POR MAL CAMINO

Hace unos días, un grupo de cualificados ciudadanos lanzó a los medios de comunicación un manifiesto. Era una seria denuncia sobre los males del país y un enérgico llamado a la renovación de los valores morales como paso primero e indispensable para salir de la crisis que nos afecta. El grupo, además, en este manifiesto, buscaba la solidaridad de otros ciudadanos, para crecer y alcanzar así mayor peso en la opinión nacional.

Hasta aquí nada de particular en un sistema democrático...

Pero resulta que el grupo estaba formado por independientes, por ciudadanos

no militantes en partidos políticos reconocidos o conocidos. Además, al analizar la situación actual, la comparaba a la que existía en el país antes del 23 de enero de 1958.

Dos cosas que, al parecer, el llamado país político no está dispuesto a tolerar. Cualquier crítica al funcionamiento real de ESTA DEMOCRACIA y de sus gestores, los partidos del sistema, se sataniza como crítica a LA DEMOCRACIA; así cualquier llamado a una mayor y mejor democracia se rechaza como llamado a la subversión, como añoranzas de regímenes dictatoriales y hasta como pretendido retorno a los tiempos de la inquisición.

Pero sobre todo parecería que se siente un miedo cerval a cualquier intento de recrear en Venezuela una verdadera sociedad civil al margen de la omnipresencia partidaria. Si se permite la crítica de la oposición partidista —quizás mediatizada, encauzada y hasta en parte domesticada— se rechaza airadamente la que puede nacer de cualquier grupo no encuadrado en los partidos...

Será por eso, quizás, que en estos momentos los Medios de Comunicación silencian casi absolutamente las protestas populares que, ante el crecimiento del hambre y del paro, se han venido sucediendo en diversos lugares del país. O que se las trate como fruto de la "ultraizquierda..." A lo mejor también por eso mismo se silenció la Pastoral de nuestros Obispos sobre el Desempleo...

Si eso es así, hay que afirmar que contra lo que proclaman las abundantes cuñas institucionales que pasan los canales de TV, no vamos por buen camino.

comentarios comentarios com

LA BUENA LECHE DE LOS IMPORTADORES

Es un lugar común (y una realidad) repetir que Venezuela es un país joven. Es decir, un porcentaje muy alto de su población son niños. Lo cual carga sobre los hombros de los "adultos" la enorme responsabilidad de garantizarles un futuro humano, para lo cual es absolutamente necesario que el presente les proporcione atención, familia, cariño, escuela, facilidades deportivas, alimentación...

La leche es un elemento básico en el presente y para el futuro de los millones de niños venezolanos. El campo venezolano no produce la cantidad de leche necesaria para ellos (y podría producirla). Por eso, el Estado venezolano autoriza la importación de unas cuarenta mil toneladas de leche al año (leche en polvo, por supuesto, que no es la mejor de las leches). Además de la licencia de importación, quienes la hacen (comerciantes privados, aunque se disfrazen de productores) reciben de RECADI la cantidad de un mil quinientos (1.500.00) dólares preferenciales (es decir a Bs. 4.30 hasta hace poco y a 7.50 en nuestros días de 18.00). Obviamente porque se trata de un producto de primera necesidad. Hasta aquí la cosa va bien, el Estado cumple con su obligación de poner las condiciones para la satisfacción de una necesidad básica de la parte más importante de nuestra población.

Peero, nuestra sorpresa ha sido incalificable al enterarnos de fuente fidedigna que al parecer el precio de la leche que se trae a Venezuela desde el Canadá es de ochocientos (800) dólares la tonelada. ¡Oh sacrificados comerciantes angustiados por la salud de nuestros niños! ¿Quiere decir, entonces, que por cada tonelada de leche que llega a nuestros puertos el importador puede dejar depositados en su cuenta bancaria setecientos (700.00) dólares (sin contar rebajas u otras ventajas del comercio mayoritario)? Podemos deducir que el Estado venezolano entrega al año, a través de RECADI, 28 millones de dólares adicionales a 7.30 para que los saquen del país. Es decir, un regalito de 204 millones de bolívares para repar-

tirse entre unos pocos importadores de leche. ¿Es ésa la manera de fomentar la inversión de capitales venezolanos en el país? ¿Sería ésta la razón (entre otras, suponemos) por la que el Sr. Piñerúa se oponía tan tenazmente a la presencia de "productores" de leche en el CEN de AD?

LA NO TAN BARATA GASOLINA VENEZOLANA

Los venezolanos comunes y corrientes compramos los dólares al precio flotante del mercado: Bs. 15.00 por dólar como promedio hasta la primera mitad de enero de este año. Sin embargo, la cantidad de dólares que se venden en Venezuela a ese precio apenas representa el 7 por ciento del total de dólares que se cambian. En otras palabras, el 93 por ciento de los dólares que se compran en el país se pagan a Bs. 7.50, por obra y gracia del Estado venezolano. O sea, que la paridad real entre el bolívar y el dólar es prácticamente de Bs. 7.50 por dólar y no de Bs. 15.90. Esta sin embargo, es una realidad ilusoria para el común de los mortales de este país.

Los venezolanos comunes y corrientes compramos el litro de gasolina de menor octanaje a Bs. 1.30 el litro. Y los venezolanos comunes y corrientes gastamos uno o dos bolívares diarios más por el aumento de la tarifa de los "por puesto". Este ha sido el regalo de año nuevo que nos deparó el "popular" Presidente Lusinchi.

Los venezolanos comunes y corrientes compramos la prensa diaria y para nuestro asombro nos encontramos una página entera en la que el gobierno nos recordaba (o intentaba convencernos) de que seguimos consumiendo la gasolina más barata del mundo porque la pagamos a Bs. 1.30 el litro, o sea, el 62.5 por ciento más cara que el año pasado.

Algunos venezolanos comunes y corrientes se preguntaron cómo se hacía esa comparación de precios. ¿A qué tasa de paridad se calcularon esos precios? ¡Oh sorpresa! El mismo Estado que vende el 93 por ciento de sus dólares a Bs. 7.50 calcula los precios internacionales de la

gasolina a Bs. 15.90. Si lo calculamos a la tasa real (Bs. 7.50), que es además la cantidad a la cual se exportaría si se ahorrara esa gasolina, descubrimos que la gasolina mexicana es más barata, pues saldría a Bs. 1.01 el litro; y la ecuatoriana saldría a Bs. 1.40 el litro.

O sea que el gobierno además de sacar de los bolsillos de los venezolanos comunes y corrientes 4 mil millones de bolívares para pagar la gasolina, pretende engañarnos con "numeritos" para hacernos creer que vivimos en el paraíso terrenal con el gobierno más preocupado por el bienestar del pueblo.

CHALLENGER: MENOS LAGRIMAS Y MAS CORAZON

La explosión del transbordador Challenger conmovió a todo el mundo. El primer gesto humano es condolerse con los tripulantes, sus familiares y sus connacionales. La primera reacción cristiana orar por las víctimas, en definitiva, siete hermanos nuestros expuestos por el progreso de la humanidad. Pero la vida sigue y los continuadores sacan las lecciones de la tragedia.

Para la NASA, para los generales como Chuck Yeager, piloto de prueba, o el mismo Presidente Reagan, simplemente se trató de un accidente de trabajo, que ni siquiera va a entorpecer el programa espacial, ni detener la guerra de las Galaxias. En términos de muertes la tragedia fue insignificante, si la comparamos con el holocausto de Hiroshima, las masacres de Viet-Nam, los desaparecidos del Cono-Sur, los ahorcados por el apartheid o los asesinados por los antisandinistas. Cualquier fin de semana en nuestro país los accidentes de tránsito segan unas siete vidas venezolanas, que ni siquiera pasan a la radio o la televisión.

Tal vez una primera diferencia entre unas y otras muertes es que con la explosión del Challenger se esfumaron 1.200 millones de dólares, que el ritmo de la carrera espacial —sobre todo armamentista— se desaceleraba, y que el prestigio de la primera potencia tecnológica mundial quedaba menguado ante la

competencia soviética, y últimamente europea.

No es ningún misterio que cada año los soviéticos envíen al espacio unos cien satélites, los Estados Unidos la mitad y los Europeos cerca de diez. Tampoco es un secreto que el 70 por ciento de ellos están destinados a cubrir misiones militares y un porcentaje exiguo a servicios de comunicación. ¿Acaso todo esto es "progreso humano"?

Como advierte James Reston en su columna "Leción de una tragedia", en Estados Unidos crece la conciencia de que se están desarrollando armas que podrían destruir el mundo y sobre los cuales no siempre se tiene el control (The New York Times, 20-1-86). Por otra parte cabe preguntarse, como señala el mismo columnista, si no es posible avanzar en tales exploraciones arriesgando menos las vidas humanas. Y, por fin, ¿se justifican esos gastos cuando en los mismos Estados Unidos "uno de cada seis niños vive bajo el nivel de pobreza definido por la administración", y la mayor parte de la humanidad está constreñida por el hambre y las deudas impagables?

Cualquier fracaso en el avance de la tecnología de la muerte, bienvenido sea, porque se impondrán más seguridades en el resguardo de la vida humana de los exploradores y se reducirán los riesgos de muerte de la humanidad. Por eso decimos: ¡Menos lágrimas, y más corazón!

comentarios comentarios comentarios